

idea mesiánica, engendrada en el seno de tantos profetas; la pertinacia de esa idea que resucita la patria en las orillas de extranjero río; que consuela y fortalece á los cautivos del Éufrates; que sostiene á pobres niños entre las llamas de los hornos y á viejos nabíes entre las uñas de los leones; que prospera bajo el cetro de Antioco el sirio y bajo la espada de Pompeyo el latino; que suscita los esfuerzos sublimes de los Macabeos y el suicidio de cien generaciones combatientes; que contrasta los tiranos con profetas, anunciando la caída de Nínive, y de Babilonia, y de Roma con igual seguridad é igual certidumbre; que inspira inmortales poemas, en cuyos fantásticos versículos vienen los ángeles exterminadores á segar los ejércitos y los ángeles propicios á facilitar las vías de los nuevos tiempos; esa pertinacia, decíamos, en la idea mesiánica, que un coro de sacerdotes entona en Judea y otro coro de sibilas en los mares helenos é itálicos, había cincelado la tierra y apercebido el espíritu en aquella hora de santidad, por cuya virtud apareció en la penumbra de las antiguas y de las nuevas edades la imagen de Cristo á cumplirla y realizarla, para que no se pierda ningún esfuerzo progresivo en el mundo y no se malogre ninguna de las promesas dadas y de las revelaciones transmitidas por el espíritu de Dios al espíritu del hombre.

## V

La idea del mesianismo, idea judía, se halló con la idea del Verbo, idea griega. Como el Mesías provino de los profetas, el Verbo provino de los filósofos. La idea del Dios único, debida primeramente á la teología hebrea, no cuadraba con el genio difusivo heleno, quien, al admitirla en toda su verdad, tuvo que adaptarla sabiamente á su naturaleza y compleción. Dificilísimo de comprender aquel Dios puramente semita, encerrado en la solitaria eternidad, comunicándose con el hombre y con la tierra por medio de sus enviados naturales, ó sean los profetas, y por medio de sus enviados sobrenaturales, ó sean los ángeles. A la uniformidad y monotonía del desierto cuadraba ese Dios, pero no á la vida múltiple de Grecia y á su carácter, más humano, pero mucho más, que la naturaleza y carácter de Israel. Así la idea, por Grecia lógicamente á todas las ideas antepuesta, fué la comunicación de Dios con el mundo y con el hombre. Para esta concepción se necesitaba humanizar de suerte la divinidad que se hiciese perceptible á nuestra contingente inteligencia y divinizar de suerte á la humanidad que llegase á confundirse con Dios mismo. El griego, como había visto sus históricas di-

vinidades mezclarse y hasta confundirse con la naturaleza y con la humanidad, estaba en el caso de levantar la naturaleza y la humanidad hasta Dios. De aquí dos ideas capitales, á saber: la idea del Verbo y la idea del Espíritu. No se necesita una fuerza de abstracción demasiado intensa para comprender que ambas ideas tocan muy principalmente á la comunicación y relaciones entre Dios y los hombres, entre la criatura y el Criador. Aunque los traductores griegos de la Biblia se hayan esforzado por hallar en sus páginas esta palabra Espíritu, fuerza nos es, tras largos estudios, reconocer que idealizaron expresiones de cosas materiales, como soplo, vendaval, viento, huracán. Todos cuantos en otro tiempo veían el espíritu de Dios llevado sobre las aguas del caos han debido sustituir este concepto con aquel otro de viento huracanado rafagueando sobre los mares gelatinosos y solitarios que anegaban al planeta en los primeros días de la creación. El génesis de las grandes ideas cristianas para mí es aqueste sencillamente: Jerusalén produce la idea del Dios criador, Atenas produce la idea del Verbo divino, Alejandría produce la idea del Espíritu Santo. Estas tres ideas, que andaban como separadas en la historia, se unen, suman, identifican en la Trinidad cristiana. Y toda la metafísica del mundo asiático y del mundo he-

leno coopera y contribuye á esta obra. Y mientras el Cristianismo en su Trinidad une Padre, Verbo y Espíritu, Roma une Oriente y Occidente, Asia, Grecia y África bajo su mando. Luego, no contenta con esto la Ciudad Eterna, tráenos las aplicaciones de la moral antigua, de la moral estoica especialmente, á la política y á los códigos. Por eso todo lo referente á metafísica y teología cristianas es judeo-heleno; y todo lo referente á cánones, á jurisprudencia y á organización es heleno-latino. Al mismo tiempo que la teología israelita daba la idea mesiánica, daba la teología helena esta otra idea, su complemento, la idea del Verbo. Corresponde por su naturaleza el Mesías al profetismo semita; corresponde por su naturaleza el Verbo al sistema oriental-heleno admirablemente profesado por aquel sublime sacerdote á quien denominarán siglos de siglos el divino Platón. Así la concepción mesiánica en Israel hará de su Mesías un hijo de Dios; no llegará más lejos, ni puede llegar. El Verbo, pues, resulta Dios mismo. Difícil explicar estas ideas, que sólo traemos por cuanto sirven á la historia de María. Difícil explicarlas, sino por símiles, no del todo exactos, pero de alguna aproximación y analogía. El Verbo divino y el Espíritu Santo se hallan en Dios, como los vapores en el agua y los rocíos en el vapor, como la vida y sus vivificantes

calores en el éter y en el sol. No podéis apartar el calor de la luz; pues tampoco podéis apartar el Verbo y el Espíritu de Dios. ¡Cuánta distancia entre las criaturas y el Criador! Para llenarla no puede bastarnos el ángel sobrenatural ó el profeta revelador. Sólo Dios mismo puede por completo llenarla y henchirla. Dios llega, por medio de su Verbo y de su Espíritu, á nosotros, como llega, por medio de sus efluvios y de sus rayos, el sol á la retina. El Espíritu y el Verbo son Dios en persona, Dios difundido, comunicado, mediador entre la supra esencia divina y nuestra débil naturaleza. Mas como quiera que la pequeñez del entendimiento nuestro exija para compenetrarse con lo inefable y lo inaccesible un Dios humanado, el Verbo divino revestirá carne humana en la especie nuestra. Para subir el hombre hasta Dios, bajará Dios hasta el hombre. Y deberá encarnarse de suyo en las entrañas femeniles, como le sucede por fuerza y por necesidad al hijo mismo del hombre. Estas entrañas habían de hallarse por completo exentas del mal á que toda la humanidad nace sujeta. Como la sombra sigue al cuerpo, sigue al espíritu el pecado. Lo cometimos por ley de solidaridad todos á una en el primer hombre y todos á una lo llevaremos hasta la consumación de las edades. Por tal causa nacemos enfermos y sufrimos de la nati-

va culpa original. Heredámosla de nuestros progenitores, no sólo en la complexión fisiológica de nuestro temperamento natural, en la complexión psicológica de nuestro temperamento moral. Diseminado y diluído el mal en toda la creación, enferma también, desde que dejamos con Adán y Eva el Paraíso, contraemos fácilmente así el pecado como el error á la manera de aquellos que, propensos á las fiebres, viven y respiran en atmósferas palúdicas, todas ellas envenadas por ponzoñosas moléculas.

El dogma de la Inmaculada Concepción proviene, por lógica natural, del dogma que sirve de fundamento al Cristianismo, del dogma de la divinidad reconocida en la persona de Cristo por todas las Iglesias y por todas las almas cristianas. Así como el Salvador ha sabido hacer de un patíbulo, de un signo ignominioso, de la cruz, lábaro eterno de honor y de triunfo, ha sabido también raer toda culpa en las entrañas que lo concibieran y engendraran. El fuego de su divinidad ha volatizado en persona completamente aparte y privilegiadísima, en María, todas las partículas del mal, todos los ingredientes de pecado que pudo contraer perteneciendo á nuestra especie y entrando en las condiciones fundamentales de nuestro sér y de nuestra vida. Por tal modo, las entrañas materna-

les, con el sér á quien generan se identifican y confunden; por tal modo, á nuestras venas pasa la sangre suya que la bondad suprema y el apartamiento de todo mal ajeno á su sér singularísimo debían verse, como en Cristo, en su Madre Santísima. Indudablemente, la diferencia capital entre las religiones de los pueblos semitas y las religiones de los pueblos arios está en el culto á la mujer. La Biblia, el Corán, presentan mujeres de virtudes extraordinarias, como Débora, como Fátima, como tantas otras de un renombre inmortal. Pero ninguna tiene los caracteres de aquellas divinidades femeninas, adoradas por los arios desde las orillas del río Ganges hasta las orillas del mar jónico. En la Trinidad india entra como entidad integrante la diosa. Al lado de las divinidades varoniles resplandecen las divinidades femeninas como en la familia y en el hogar al lado del marido y del padre la esposa y la madre. Ni los dioses que habitan las profundidades insondables del mar, ni los dioses que lucen allá entre las constelaciones del cielo, se nos aparecen solos en las viejas teogonías helenas. Están acompañados á una sin excepción de sus respectivas mujeres. El aura y la brisa, el aroma y el perfume parecen aliento de amada; el cáliz de las flores y sus mieles, sonrisas; el centelleo de las estrellas, retinas; la onda en el arroyo y en el mar azul, palpitación;

las afinidades en las moléculas que se atraen, verdadero amor, y el origen de todos los seres, una generación. Por consiguiente, la mujer y los afectos por la mujer inspirados han de existir en toda teogonía indo-europea y heleno-romana lógica y necesariamente, si la teogonía tiene que armonizarse y corresponderse con los fundamentos capitales y con las propensiones nativas de la naturaleza nuestra. Un cielo donde no se halle la virgen, la esposa, la madre, aquella virtud eficaz del amor, merced á la cual nacemos y vivimos; un cielo destituído de todo esto parece á los arios por fuerza, dado su temperamento fisiológico y su carácter moral, un cielo completamente vacío. El semita, que tiende á la unidad, que anda por los arenales uniformes, que oye la voz del Eterno en los monótonos simóunes, que habita, nómada, territorios sin repliegues bajo cielos sin variaciones y sin nubes, puede conformarse muy bien, dado su temperamento, con el solitario Dios recluso en las inaccesibles alturas del universo. Pero la raza indo-europea, especialmente la familia greco-latina, con dificultad podrá resignarse á esta sublime unidad semítica. Por eso, admitiendo en su religión cristiana todo aquello que de fundamental haya podido el judaísmo darle, complétalo con el Verbo divino, con el Espíritu, con la comunión de los santos, con la Virgen

María, Madre de Dios, la cual debía ser para los fieles cristianos concebida sin átomo ni sombra de pecado.

Y á pesar de parecernos, dada la divinidad de Cristo, rigurosamente lógico tal dogma, no ha llegado á componer un artículo de la fe católica, sino en esta edad nuestra, ¿qué decimos en esta edad nuestra?, en esta nuestra generación. Hace treinta y cinco años el dogma de la Concepción se contaba entre las creencias piadosas, las cuales, como todo el mundo sabe, ni obligan á los fieles, ni constituyen parte integrante del símbolo de la fe. Podía creerse, ó no podía creerse tal tradición piadosísima, sin que arguyera esto un abandono de la doctrina ortodoxa ó una infidelidad á la Iglesia de Dios. Y discutióse durante siglos y siglos tal dogma. Unos padres lo sostuvieron, otros lo negaron: no hubo decisión definitiva en las grandes Asambleas conciliares que definen y declaran los dogmas. En 1854 Pío IX proclamó cómo la Virgen María, Madre de Jesús, hase, por un acto especial de la omnipotencia divina, exentado, en el momento mismo que la concibiera su madre Ana, de la culpa original transmitida por Adán á toda la descendencia suya, por consiguiente del estado de condenación á que todos nos hallamos, antes del bautismo, sometidos por el hecho mismo de nuestra generación y de

nuestro nacimiento. Así, poco más ó menos, la Iglesia define y consagra el dogma de la Inmaculada Concepción. Adoradores, muy adoradores los pueblos católicos de la Virgen María, creyéronla siempre Inmaculada, siempre. Allá, en los campos meridionales nuestros, á las orillas del Mediterraneo; cuando las gentes anuncian su entrada en los hogares propios ó ajenos; cuando el sereno canta en larguísimas salmodias la hora de la tranquila noche; á los usuales saludos, á las fórmulas de comunicación y de trato social va unido un recuerdo más ó menos consciente, pero un recuerdo vivo al cabo, de la Inmaculada Concepción. A las mientecitas viene la extrañeza causada en las ancianas devotas de mi pueblo, al saber que se declaraba la Concepción dogma de fe, cuando para ellas constituyó toda la vida un dogma consustancial con el mismo dogma de la Divinidad en Cristo. Y, sin embargo, por siglos de siglos no se menciona tamaña idea. En el Oriente no consta creencia tal, con ser la Iglesia griega verdadera matriz de todas las iglesias cristianas. Antes los griegos llegaron á celebrar por un rescripto de Manuel Comeno la Concepción de Ana que la Concepción de su hija María. En su Iglesia la Virgen, como entre nosotros, está excluída por completo de la culpa y del pecado, mas por obra y gracia de una derogación especialísima, con ella sola

efectuada por acto singular del Eterno. Esta exención de María no se une tanto al acto de ser concebida como á los demás actos de su existencia. Engendrada, como todos, en la culpa; contingente, como todos, por su naturaleza; reclusa en el estrecho círculo de la condicionalidad humana, un acto especial y aparte lava todos los pecados á nuestro sér congénitos, y le quita, no solamente la culpa, sino hasta la posibilidad misma de la culpa. San Agustín, el gran padre de la Iglesia occidental, allá por incidencia, en algunos de sus libros dice que, al hablar de la culpa original, exceptúa siempre á María, siquier haya nacido en carne por el pecado corrupta y sujeta como carne de Adán á la muerte. Ocupado el mundo griego durante los siglos primeros en la elaboración progresiva y lenta del dogma, como á su vez el mundo latino en la organización y disciplina, encontráronse tarde, muy tarde, frente á las creencias que se refieren á la Virgen María. Mucho antes de que celebrara concilios á este respecto, celebrólos unos, como el de Jerusalén, para tratar de si debía ó no admitir en su seno á los incircuncisos; otros, como el de Nicea para tratar de si debía reconocer ó no la Divinidad en Cristo y su consustancialidad con el Padre y con el Espíritu. Allá, por el siglo IX, un escritor eclesiástico empezó á proclamar el dogma

de la Concepción, pero sin precisarlo ni definirlo, más bien como un sentimiento y afecto propio de su piedad que como una idea religiosa destinada en la serie de los principios cristianos á constituir un dogma capital. No debió prosperar mucho tal idea, cuando siglos después el gran doctor, que trajo á la teología cristiana una rigurosa demostración de la existencia de Dios, San Anselmo, proclamaba, sin promover ni suscitar escándalo ninguno, con el asentimiento de la Iglesia universal, á María incursa en todas las contingencias fundamentales del humano linaje, sometida, por tanto, como verdadera mujer, á la inmanencia en ella, cual en todos los humanos, de la nativa culpa. El pecado primero tiene una desmedida importancia en el conjunto de los dogmas cristianos, pues por el pecado solamente puede comprenderse cómo, siendo la suprema perfección y la suprema bondad nuestro Creador, puede permitir el mal en la creación; y por el pecado pueden explicarse los castigos que todos hemos heredado solidariamente, las enfermedades que pasan de una en otra generación humana con la sangre, las malas inclinaciones y los perversísimos errores á que nos hallamos todos á una sujetos, la debilidad y la contingencia de nuestra misérrima naturaleza. Trabajo debía costarles, pues, á los teólogos cristianos, exentar en la humanidad á

sér ninguno, por grande y excelso que pareciese, de la nativa culpa y de aquel original pecado, clave primera que nos explica nuestros errores y nuestros males.

Pero en el siglo XII comenzó á fijarse creencia tan piadosa como esta creencia de la Virgen Madre concebida sin mácula ni sombra de pecado. Entre las ciudades europeas Lión ha brillado siempre, no sólo á causa de hallarse sobre la confluencia de dos ríos tan caudalosos como los que besan sus plantas y llevan sus ideas y sus productos al comunicativo Mediterráneo, no sólo á causa de esto, á causa de hallarse en las encrucijadas donde se verifica la intersección de tantos caminos como desde allí conducen á Suiza y á Italia. Ora fuese por su posición geográfica, tan excelente; ora fuese por sus tradiciones históricas de colonia romana; ora fuese porque su colocación entre Italia, Suiza y Provenza le daban excepcional influjo, es lo cierto que dentro de sus muros hanse concilios ecuménicos reunido, y que tales reuniones han gozado de una excepcional influencia en el desarrollo de las ideas cristianas y en el esplendor de la Iglesia católica. Quizá por congregarse allí muchos fieles, quizá por tener estos fieles un fondo y acervo colectivo de ideas comunes, brotó en Lión el culto primero á la Inmaculada Concepción de María.

Desengañémonos, cuanto más fuertes resultan las generaciones, y lo eran mucho aquellas que iniciaron las cruzadas; cuanto más valerosos y más arriesgados los pueblos, han de sentir por fuerza ternura mayor en su corazón y en sus entrañas hacia todos los dogmas que divinizan á la mujer y la engrandecen. Los corazones más abiertos al odio, por razón de sus combates y de sus porfías, ven con mayor facilidad la mujer colocada en una especie de atmósfera inaccesible á las debilidades humanas. Todos hemos nacido de mujer y todos adorado á nuestras madres como á la imagen más perfecta del Creador sobre la tierra. Hemos creído á todos los seres capaces de faltarnos, menos á ellas; hemos creído todos los labios prontos á engañarnos, menos aquellos labios suyos que han fluído en el espíritu nuestro divinas enseñanzas; la culpa, el error, el pecado, las consecuencias de la primer humana caída, el vínculo de males amayorazgado en la humana estirpe, no hemos creído nunca que pudieran llegar hasta nuestras madres, ni entrarse por los hogares que santificaran ellas como verdaderos templos. Si á esto se han unido ensueños é imaginaciones de la primera juventud, afectos puros en los cuales no ha penetrado nunca la menor sensualidad, apariciones de musas divinas que os traían ó una idea, ó un cincel, ó un

arpa, el culto á la mujer, el culto sobre todo á la Madre Santísima, el culto al numen verdaderamente creador, el culto al ideal femenino se os impone con soberana imposición y os lleva como llevó de la mano al poeta por excelencia católico en pos de idolatrada Beatrice, sobre la cual veis levantarse una idealidad femenil más alta, flores místicas, increadas melodías religiosas incomunicables de infinita dulzura, luminico éter semejante al espíritu del espíritu, almas de ángeles en coro, ideas divinas en arquetipo, la virginidad inmaculada que ha mantenido con su atracción magnética la pureza del sér entre las tentaciones y los combates propios de nuestra tumultuosa combatiente adolescencia, la maternidad que después de daros el aliento de la vida y el calor de la sangre os ha dado también la inspiración que forma como la esencia del espíritu, en fin, un culto íntimo á la Inmaculada María.

¿Sabéis á quién tuvo por capitalísimo adversario el dogma de la Concepción Inmaculada en aquel siglo de ardiente fe católica? Pues tuvo al ilustre motor de las Cruzadas, tuvo á San Bernardo en persona. Para conocer todo el peso de su autoridad basta decir lo que representó, y cómo lo representó en plena Edad Media. San Bernardo no significa el Catolicismo en idea sino el Catolicis-

mo en acción. Dios le había llamado á la vida en el momento solemne de los combates supremos. Viviendo él, en su presencia, un filósofo como Abelardo, hería con ideas extrañas los dogmas de la Iglesia; y un tribuno, como Arnaldo, la política de los papas. Pues enemigo igual tuvieron el hombre de pensamiento y el hombre de acción, el filósofo y el tribuno en San Bernardo. Fué inspiración y alma de las Cruzadas éste, consejero de los reyes, mantenedor de la estabilidad social, árbitro en las discordias de los caballeros feudales y en los cismas de la Iglesia católica, renunciando á cuantas sugerencias le hicieran para ceñirse la mitra de los arzobispos y la tiara de los papas, contento con arrogarse la divinidad altísima de protector espiritual sobre la monarquía y sobre la Iglesia. En medio del mundo fué un penitente solitario y en el oleaje de las pasiones como una grande abstracción. Pasó por la naturaleza cual un espíritu puro destituído de forma y por la historia cual una idea etérea con verbo y sin cuerpo. Parecía en la vida un muerto. Sus ojos miraban hacia dentro y su palabra tenía toda la extraña resonancia de una palabra sobrenatural que saliese de los cementerios. Cien mil hombres lanzó con una voz al Asia, demandando Jerusalén y el Sepulcro de Cristo. Las gentes, á quienes predicaba, huían del mundo